

Movimiento de los flagelantes y masacres de judíos

Los tiempos de mortandad se traducían en momentos de proximidad a Dios y de hipersensibilidad religiosa. La conciencia colectiva de culpabilidad conducía a la realización de actos públicos de piedad, con la pretensión de aplacar, mitigar o suavizar la indignación e ira divinas y, en consecuencia, obtener el fin de las desgracias, con la convicción generalizada que solamente de los grandes actos de piedad podía esperarse el perdón. También eran muy comunes las rogativas y las limosnas para canalizar pacíficamente la efervescencia espiritual que generaba la peste, y era muy importante la actividad de los predicadores, que redoblaban su actividad y eran muy bien acogidos por los responsables de las zonas afectadas.

El principal teórico del mesianismo en el occidente europeo fue Gioacchino da Fiore, abad, teólogo y místico italiano. Entre 1156-1157, mientras viajaba por Palestina, tuvo una revelación en el Monte Tabor, según la cual obtuvo el don de la exégesis, la interpretación de los textos. Gracias a esta particularidad, calculó que en el año 1260 se produciría la llegada de la Tercera Edad del mundo, el Reino del Espíritu. Llegado el momento, no habría necesidad de riquezas o propiedades, ni de trabajar, ni de alimentarse, ni de abrigarse, pues la existencia sería puro espíritu y las necesidades materiales, superfluas, serían proveídas por una comunidad libre de seres perfectos. Esta fecha de 1260 se convirtió en el objetivo de diversos movimientos mesiánicos de corte militar y se pensó que sería Frederick II Hohenstaufen, Emperador del Sacro Imperio Romano, quien anunciaría la llegada de la Tercera Edad, pues había desafiado abiertamente el poder del Papa.

En Alemania, los predicadores errantes de Gioacchino, los “joaquinistas”, proclamaron “Salvador” a Frederick y denunciaron al Papa, administrando sacramentos a la población a pesar de tenerlo prohibido. Incluso uno de estos predicadores, el hermano Arnoldo, dijo que Jesucristo regresaría en el año 1260 y confirmaría que el Papa era el Anticristo y sería condenado por su vida lujosa y por exprimir a los pobres. Frederick murió antes, en 1250, pero las fantasías mesiánicas no cesaron y lo convirtieron en un “emperador durmiente”¹.

En 1259 hubo una pésima cosecha y una gran hambruna, y parece ser que un monje de Perugia llamado Rainer, fue el iniciador del movimiento de los flagelantes, nacido con una mentalidad cristiana radical que proclamaba la inminencia de la ira de Dios por la corrupción reinante. Como preparación a la fecha prevista por Gioacchino da Fiore, sus seguidores practicaban la flagelación pública (del latín *flagellare*, azotar) como penitencia para “enderezar la senda” y estar a punto cuando se produjera la llegada de la “Edad del Espíritu”. Pero esta no era una práctica nueva, pues ya se conoce tanto en el culto a Isis en Egipto como en el de Dionisos en Grecia. Estos flagelantes, organizados en cofradías diversas y dispersas, empezaron a recorrer las ciudades, y cuando llegaban a las plazas, se desnudaban el torso y se azotaban la espalda con puntas de acero hasta que fluía la sangre.

La intención de este grupo era mortificarse en los espacios públicos para demostrar su piedad, pero poco después de 1260, cuando no ocurrió nada de lo previsto, sus actividades se volvieron cada vez más subversivas y anticlericales, especialmente en Alemania. Marchaban en largas procesiones en las que se cantaba y se llevaban cruces y

¹ En 1284 hubo un hombre que afirmó que era “Frederick despertado” y atrajo numerosos seguidores, que se concentraron en Neuss (Nordrhein-Westfalen, Alemania). Poco después fue quemado por herejía.

banderas identificativas, dando grandes muestras de arrepentimiento e incluso acusando a cualquier persona que estuviera en contra de ellos de estar aliada con el diablo. Este movimiento no tenía una doctrina central ni líderes que lo dirigieran, aunque tuvo una gran aceptación y los adeptos se multiplicaron en diversas partes de Europa.



Imagen nº 33. Flagelantes fustigándose.

Hartman Schedel.
Liber chronicarum (1493)

Los flagelantes crecieron en popularidad y llegaron a contar con 10.000 integrantes, repartidos sobre todo por el norte de Italia. Promovieron marchas por ciudades como Modena, Bolonia, Reggio o Parma, aunque en algunas de ellas les fue prohibida la entrada. Al afirmar que el simple acto de participar en sus procesiones absolvía de los pecados, la Iglesia prohibió sus actos (enero de 1261) y se vieron obligados a actuar en secreto, disminuyendo gradualmente la importancia de sus concentraciones.

Cuando tuvo lugar la gran epidemia de peste de 1348, los flagelantes se tornaron nuevamente visibles, con la idea que si se recreaba la pasión de Cristo, si llevaban a cabo una severa penitencia, lograrían salvarse de la peste, que sin duda era un castigo enviado por Dios. Su campo de acción se centró principalmente en Alemania y los Países Bajos, y poniéndose por encima del Papa y del clero, afirmaban que su sangre tenía el poder de redimir y que eran un ejército de santos que salvaría al mundo de la divinidad. Apedreaban a los sacerdotes que intentaban detenerlos, interrumpían los oficios religiosos habituales y confiscaban y redistribuían los bienes de la Iglesia. Los penitentes se fustigaban con látigos de cuero anudados con pinchos de hierro y algunos sufrían graves heridas en los omoplatos. Había mujeres que, extasiadas, recogían la sangre con sus propios vestidos y se la pasaban por los ojos, creyendo que era milagrosa y que conseguirían mitigar la ira de Dios con esa durísima penitencia y aplacar la peste.

Heinrich von Herford (ca. 1300-1370), conocido como Henrici de Hervordia, un religioso dominico alemán, escribió la crónica *Liber de rebus memorabilioribus*, en la cual compendia el trabajo de historiadores antiguos, desde Eusebius de Cesarea (s. III dC.) hasta los autores contemporáneos. En ella trata sobre los flagelantes, comentando la manera como se mutilaban: *“cada látigo se componía de un palo en cuyo extremo se ataban tres tiras de cuero estrechas con nudos. Cada uno de ellos estaba atravesado en su centro por dos puntas metálicas, cortantes como navajas, que sobresalían en cada lado formando una cruz de longitud aproximada a un grano de trigo. Con este látigo se golpeaban su torso desnudo hasta convertirlo en una masa de carne hinchada y lacerada, que goteaba sangre abundantemente y salpicaba las paredes. Durante las flagelaciones pude ver las puntas de metal penetrar tan profundamente en la carne que era necesario tirar dos o tres veces con fuerza para poderlas sacar de donde habían quedado enganchadas”*.

En procesiones donde se reunían hasta 1.000 fieles, los flagelantes se imponían caminar durante treinta y tres días y medio, tantos días como años vivió Jesús. Sin bañarse y abandonando sus bienes, marchaban de ciudad en ciudad, deteniéndose un sólo día en cada lugar. Se instalaban en campos cercanos a las ciudades y celebraban sus rituales dos veces al día. Los hermanos de la cruz, como fueron llamados, vestían túnicas blancas e iniciaban el ritual con la lectura de algún texto sagrado, que supuestamente había sido escogido por un ángel que justificaba sus actividades. Acto seguido caían de rodillas y se azotaban, gesticulando con su mano libre para dar a entender que eran pecadores, flagelándose al ritmo de las canciones, llamadas *Geisslerlieder*, hasta que fluyera la sangre, la cual empapaba la ropa, que era considerada una reliquia.

Estos grupos culparon a los judíos² de ser los causantes de la peste, igual que fueron responsables de crucificar a Cristo. Por tanto, estas comunidades fueron gravemente masacradas, sobre todo en Alemania y Países Bajos, como se verá más adelante. Ellos no fueron los responsables directos de todos los actos criminales, pero sin duda incitaron a las masas, exaltadas y desesperadas por tanta mortandad. Los flagelantes fueron alejándose de su original pietismo y si al principio se abstenían de tener sexo, finalmente se abandonaron a las orgías, copulando con las mujeres en público, completamente ebrios. Muchos maleantes y delincuentes se unieron al movimiento y saquearon iglesias y se comprobó que en ocasiones fueron la causa del contagio de peste en ciudades libres de la enfermedad antes de su llegada, de manera que se les fue negando la entrada en muchas de ellas.

Finalmente, el Papa Clemente VI, temeroso que pudiera cuestionarse su poder y contrario a todos los crímenes cometidos, publicó en Avignon (20 de octubre de 1349) la Bula *Inter Sollicitudines* por la cual condenaba a todos los flagelantes y los declaraba herejes. Algunos de los cabecillas fueron apresados y decapitados en presencia de sus seguidores, y aunque la secta no desapareció por completo, poco a poco fue perdiendo fuerza, al tiempo que desaparecían los terribles efectos de la epidemia.

A comienzos del siglo XV, el movimiento de los flagelantes volvió a resurgir en algunos estados alemanes, por lo que fueron nuevamente perseguidos y recibieron la condena absoluta en el Concilio de Constanza. En Turingia, en el año 1416, fueron quemados 300 flagelantes en un sólo día. A pesar de estos castigos tan severos, es curioso comprobar que, dentro de los límites de la Iglesia católica, la flagelación siguió siendo una forma aceptada de arrepentimiento.

Uno de los efectos más importantes de la peste fue la de provocar rebeliones populares, lo que unido al deterioro de la estructura social a causa de las grandes mortandades, desembocó en un generalizado aumento de la violencia. Se consideraba que para aplacar la ira divina, la comunidad debía eliminar de su seno a aquellos individuos que con sus actividades provocaban la peste, lo cual era reclamado por el pueblo, necesitado de descargar en alguien sus odios y rencores. Esta actitud beligerante tuvo una gran repercusión sobre la población marginada, como leprosos, o sobre aquellos que ejercían oficios o prácticas consideradas poco honradas u honestas, como alcahuetas, prostitutas, tahúres, empleados en casas de juego clandestinas, o incluso procuradores de los tribunales, acusados de alargar maliciosamente los pleitos. De todas maneras, fue a las minorías religiosas, a los judíos en particular, a quienes se responsabilizaba del origen de la enfermedad, aunque la hostilidad contra esta comunidad ya fue muy anterior y era

² Curiosamente, Frederick II había tomado bajo su protección a la comunidad judía en 1236, a cambio del pago de un “impuesto especial”.

habitual que se los acusara de robar y agujerear las hostias sagradas o de secuestrar o sangrar a niños.

Las primeras décadas del siglo XIV estuvieron marcadas en Alemania por una serie continuada de guerras y enfrentamientos entre los diversos príncipes alemanes, y durante los primeros años de la década de 1340 existían numerosas bandas armadas que devastaban el país y no acataban ningún tipo de autoridad ni ley. Esta situación perjudicó notablemente a los judíos, que fueron perseguidos para conseguir sus bienes, con la excusa que habían sido los responsables de la Pasión y muerte de Jesucristo, y por tanto se trataba de justa venganza.

A partir de 1336, un ejército de paisanos y mendigos, hasta 5.000 en total, llamados *Armleder* (brazo de cuero), por el brazalete de cuero que lucían en su brazo, también conocidos como *Judenschläger*, asesinos de judíos, se encarnizaron con los judíos de Alsacia y los bordes del río Rhin, hasta Suabia (sur de Alemania). Dirigidos por el “rey de los Armleder”, un tal Johann Zimberlin, fueron devastadas alrededor de 120 comunidades judías.

En muchas ocasiones, los judíos se suicidaron, matando primero a sus propios hijos. Muchos de ellos huyeron hacia Alacia, a Colmar, donde sus ciudadanos los protegieron durante un tiempo, y lo mismo ocurrió en Strasbourg. Finalmente, Karel IV, Emperador del Sacro Imperio, quiso frenar estos excesos, y tras el pago de 4.000 libras por parte de los judíos, el 28 de agosto de 1339 fue firmado un armisticio por diez años en el que Zimberlin prometió poner fin a los ataques antisemitas.

A partir de 1348, cuando se inició la terrible peste negra, y sin ninguna prueba que los inculpara, los judíos fueron considerados culpables de envenenar pozos, fuentes e incluso el aire, con el fin de “hacer desaparecer a todos los cristianos de la tierra”, a pesar que los judíos también fueron víctimas de la peste y murieron en gran cantidad. Curiosamente, ni musulmanes ni mongoles, que sufrieron igual el azote de esta enfermedad, nunca acusaron a los judíos de ser los responsables. Sólo los cristianos les atribuyeron esta epidemia.

Como se creía que los judíos de Castilla poseían grandes recursos y gozaban de una gran influencia a nivel político, fueron ellos los acusados de ser los instigadores de este complot diabólico, y dijeron que la orden de envenenar a toda la cristiandad habría partido de Toledo. La población, cegada por el fanatismo y el terror, incluso puso nombre al ideólogo de todo el asunto: se trataba de un tal Jacob a Paskate. Llegado a Chambéry desde Toledo, él mismo habría enviado toda una serie de emisarios judíos para llevar a cabo su obra mortal. Este Jacob habría sido ayudado en su cometido por el rabino Peyret de Chambéry, y por un judío rico llamado d’Aboget. Incluso era conocida la composición del veneno, un preparado de los hechiceros judeoespañoles, formado por “carne de basilisco mezclada con arañas, sapos y lagartos, añadiendo corazones de cristianos amasados con pasta de hostia sagrada”. Todo ello provocó las masacres en poblaciones judías de buena parte de Castilla y Navarra.

Estas fábulas, inventadas por ignorantes y malintencionados, y exageradas de forma desmesurada por la imaginación popular, encontraron sus creyentes entre el vulgo y también entre las clases altas. Los tribunales realizaron serias investigaciones para descubrir a los autores de estos crímenes. Finalmente, sometieron a los inculpados a la tortura, el recurso extremo empleado en aquella época para conocer la “verdad”.

La leyenda del envenenamiento de pozos se extendió en primer lugar por el sur de Francia, en la Provençe, donde la peste negra ya atacaba con furia desde principios de

1348. El 13 de abril, por la noche, fue atacado el barrio judío de Toulon y asesinados cuarenta de ellos, siendo colgados sus cuerpos por la mañana en unos postes en la plaza principal. En las poblaciones vecinas de Digne, Mezel, Apt, Forcalquier, Riez, Moustiers y La Baume se produjeron alzamientos antisemitas y violentos ataques, igual que en Carcassonne y Narbonne. A mediados de mayo fue quemada, en un sólo día, una comunidad entera de hombres, mujeres y niños. Los judíos de Serres, en el Dauphiné, también fueron quemados, e incendiada la sinagoga de Saint-Rémy-de-Provence³ (Bouches-du-Rhône), que fue reconstruida en el año 1352.

En París también se persiguió a la comunidad judía. Según el doctor Ozanam, primero se refugiaron cerca de la ciudad, en el bosque llamado de Sainte Opportune; pero sintiéndose amenazados, regresaron a la calle donde vivían habitualmente, *rue des Hérétiques*. Los parisinos se abalanzaron sobre ellos y los degollaron en tan gran cantidad, que sus cadáveres, dejados sin enterrar, sirvieron de alimento durante diversos meses a una gran manada de lobos que impedía el paso de la población por aquel barrio. Esta calle tomó enseguida el nombre de “*trans-non-essere*”, de donde derivó al verbo “*transnoniser*”, que significa degollar, y finalmente a *rue Transnonain*⁴.

El movimiento anti-judío también arraigó en Cataluña y Aragón. En Cervera y Tàrraga fueron asesinados dieciocho y trescientos judíos, respectivamente; y los que sobrevivieron huyeron despavoridos. En Barcelona, el 17 de mayo de 1348, dos meses después que la peste hubiera infectado la ciudad, el populacho mató a veinte judíos y fueron saqueadas numerosas casas (se dice que el *call* o aljama fue devastada por completo), antes que los responsables de la ciudad se reunieran para defender a los desgraciados ciudadanos. En Lleida, Girona, Solsona y Tarragona también se produjeron explosiones antisemitas.

El 6 de julio de 1348, el Papa Clemente VI promulgó una bula en la cual quedaba prohibido, bajo pena de excomunión, matar a los judíos sin que mediara una condena legal, bautizarlos a la fuerza o saquear sus pertenencias. Quizás esta disposición surtiera efecto en el sur de Francia, pero no tuvo ninguna influencia en el resto de Europa.

Bajo las órdenes del duque Amédée VI de Saboya, diversos judíos fueron acusados de envenenamiento y encarcelados en el castillo de Chillon, junto al lago Lemán, y en Châtel (en la frontera con Suiza). En el primer lugar fueron sometidos a tortura, de manera que consiguieron las confesiones que pretendían. Uno de aquellos desgraciados, de nombre d'Aquet, declaró que había envenenado pozos en Venecia, en Apulia, en Calabria y en Toulouse. Su declaración fue consignada por los secretarios en los procesos verbales y ratificada por los jueces, y para dar más valor a las palabras del condenado, los jueces añadieron que “*sólo se le había torturado ligeramente*”⁵.

Otro de los acusados, un cirujano llamado Balavigny, originario de la población cercana de Thonon, contó bajo tortura que otro judío llamado Jacques Chamber de Pascate le había entregado, a través de un criado, una cantidad de veneno en polvo, del grosor de un huevo, para que lo pusiera en la gran fuente de Thonon. Y sabía que se habían

³ En esta población nació el famoso médico, astrólogo y futurista Miquel de Nostradama, en occitano, más conocido como Nostradamus (1503-1566). De origen judío, su familia se convirtió al cristianismo cuando fue forzada por las autoridades provenzales.

⁴ Actualmente *rue Beaubourg*, en el barrio de Marais.

⁵ Algunas técnicas usadas para torturar a los judíos consistían en ponerles una corona de espinas en la cabeza y aplastarla contra el cráneo, o atar espinas en la pierna y tirar hacia arriba hasta que quedaran enganchadas en las ingles o en el escroto.

entregado otras dosis para contaminar tantas fuentes como fuera posible. Él mismo había tirado veneno en las poblaciones vecinas de Montreux y Clarens. El 1 de septiembre de 1348 se quemó a los inculpados, y en los días siguientes se hizo lo mismo con todos los judíos que residían en los alrededores del lago, en poblaciones como Evian, Genève, Cruseilles o Villeneuve. Desde esta región, las masacres o pogrom⁶ se extendieron por toda Suiza, pues se tenía la seguridad que las pruebas inculpatorias eran ciertas. En septiembre, los Cónsules de Berna torturaron a algunos judíos, les arrancaron la confesión y quemaron a todos los que vivían en la ciudad, informando rápidamente de los hechos a las poblaciones de Basilea, Freiburg, Strasbourg y Colonia.

De nuevo, el Papa Clemente VI publicó una bula en la que declaraba que los judíos eran inocentes del crimen que se les imputaba y pedía a los religiosos que los protegieran. En septiembre pronunció un anatema contra los falsos acusadores y los verdugos. Pero en aquellos momentos, el Papa ya no era obedecido y las masacres siguieron sucediéndose con igual intensidad. En Alemania creyeron que para los judíos había sido muy fácil envenenar el Rin y el Danubio, al igual que todos los riachuelos, fuentes y cisternas del país, como se había hecho antes en Suiza y Saboya. En muchas ciudades se rodearon los pozos con muros y se aconsejó a la gente que bebiera únicamente agua de lluvia o de nieve.

En Basilea, los judíos sufrieron horribles suplicios. Seiscientos de ellos fueron retenidos en una isla del río Rin y encerrados en un edificio construido especialmente para la ocasión. Allí fueron todos quemados, decidiendo el consejo de la ciudad que durante los siguientes dos siglos ningún judío podría establecerse en la población.

En noviembre fueron quemados judíos en Solothurn y Zofingen (Suiza) y Stuttgart⁷ (Baden-Württemberg); en diciembre en Landsberg, Memmingen y Lindau (Baviera); en enero de 1349 en Freiburg y Ulm (Baden-Württemberg) y Speyer⁸ (Rheinland-Pfalz); en febrero en Gotha y Eisenach (Thüringen) y Dresden (Sachsen); y en el mes de marzo en Works (Rheinland Pfalz), Baden (Baden-Württemberg) y Erfurt (Thüringen).

En Alsacia y en las regiones del alto Rin, el populacho también pensaba que la peste negra era enviada por el Cielo para castigar a los príncipes que detuvieron la acción de exterminio de los Armleder contra los judíos. Finalmente, estos fueron expulsados de su territorio a finales de 1348, lo cual se aprovechó para asesinarlos impunemente por los caminos. A principios de 1349, ningún judío de Strasbourg se arriesgaba a salir a la calle, y los magistrados de la ciudad, deseosos de proteger esta comunidad, ordenaron el cierre de su barrio. Pero los gremios de artesanos, muy poderosos, y la población en general, enardecida por agitadores fanáticos, no estuvieron de acuerdo con esta medida. A partir del 9 de febrero, los diputados de las corporaciones exigieron a Pierre Schwarber, en aquel momento el *Ammeister* (cargo similar al alcalde) de la ciudad, que detuviera y juzgara a todos los judíos. Schwarber se negó a estas peticiones. Al día siguiente se congregó una gran muchedumbre en la plaza de la catedral, que no cejó en

⁶ Pogrom es una palabra de origen ruso que significa “demoler de forma violenta”. Aunque usualmente se ha utilizado para referirse a las masacres y asesinatos de judíos, también puede referirse a otros grupos minoritarios.

⁷ En Esslingen, ciudad cercana a Stuttgart, fueron quemados en la sinagoga todos los judíos de la población.

⁸ En Speyer, el populacho mató una buena parte de los judíos residentes, que fueron tirados al río Rin; condenó a otros a la hoguera y un pequeño número de ellos sobrevivió al renunciar a su religión y convertirse al cristianismo.

su protesta hasta que los mandatarios fueron destituidos. Se nombraron unos nuevos magistrados conocidos por su odio a los judíos, y estos empezaron a huir de la ciudad.

El 13 de febrero se creó un nuevo Senado, integrado por antisemitas. Schwarber fue condenado al destierro perpetuo, a la confiscación de todos sus bienes y desposeído de la ciudadanía de Strasbourg. La muchedumbre se concentró en las calles y parecía inevitable la catástrofe. Efectivamente, la escalofriante masacre se produjo al día siguiente. Dos cronistas de la época, Fritsche Closner y Jakob Twinger reportaron el testimonio de un curtidor de pieles, testigo presencial de los hechos: *“desde las primeras horas de la mañana, un alboroto indescriptible llenaba las calles de Strasbourg; era el ruido de las tropas en marcha, que avanzaban al ritmo de cánticos salvajes, acompañados por los gritos de mujeres descontroladas. Cuando fueron abiertas las barreras que cerraban y protegían el barrio judío, la muchedumbre se precipitó en el ghetto. Hombres y mujeres, niños y viejos fueron degollados sin piedad. En las casas incendiadas, familias enteras desaparecieron sin dejar rastro”*.

El mismo testimonio reportaba que un jefe de familia judío le razonaba a uno de los asesinos que ellos no eran responsables de la peste, pues sus hijos también morían de la misma enfermedad. Pero la respuesta fue implacable: *“el gordo Herrmann, el carnicero de Pfalz, replicó que cuando se ha matado al hijo de Dios, es sencillo envenenar a los propios hijos para hacer creer de su inocencia a los demás. Todo el mundo sabe de la astucia de los judíos”*.

A pesar de que en un primer término se llevó a cabo una gran masacre, parece ser que sobrevivieron muchos judíos, se dice que dos mil, aunque probablemente fueron bastantes más. Todos ellos fueron agrupados y conducidos al cementerio judío, donde se había construido una enorme hoguera. La muchedumbre se agolpaba con predilección junto a los niños judíos, que recibían el bautismo antes de ser tirados al fuego. Los cronistas explicaron que las mujeres judías arrancaban a sus hijos de las manos de los bautizantes para tirarlos ellas mismas al fuego, después de lo cual se tiraban voluntariamente. En total, parece ser que fueron asesinados unos 16.000 judíos.



Imagen nº 34. Quema de judíos en Strasbourg (14 de febrero de 1349)

Hartman Schedel.
Liber chronicarum (1493).

El Consejo de Worms, donde residía una de las comunidades judías más antiguas de Alemania, los “ashkenazis”⁹, decidió que también los quemaría. Pero estos se

⁹ Los “ashkenazís” o asquenazíes son los judíos que se asentaron en Europa central y oriental, principalmente Alemania, y también Francia, Hungría, Polonia, Ucrania y Rusia; y este era el nombre que daban los judíos a estas regiones a principios del siglo X. Llegaron a crear una lengua propia, el yidish,

adelantaron a los verdugos, incendiaron sus viviendas y se tiraron a las llamas, muriendo más de cuatrocientos. A finales de julio, los judíos de Oppenheim (Rheinland Pfalz) se suicidaron de la misma manera.

El movimiento flagelante fue ciertamente el responsable de la masacre de judíos en Frankfurt. En la ciudad cercana de Mainz (Maguncia), los judíos no quisieron morir sin oponer resistencia, y trescientos de ellos, armados, se defendieron encarnizadamente. Después de haber matado a unos doscientos de sus atacantes, y a punto de ser derrotados, pusieron fuego a sus casas y se precipitaron dentro de ellas. Parece ser que murieron en total alrededor de 12.000 judíos, los cuales formaban la comunidad hebrea más importante de Alemania.

En Colonia, el mismo día de la masacre de Mainz, y a pesar de que los magistrados de la ciudad creían en la inocencia de los judíos, muy numerosos en aquel momento, pues habían recibido buena parte de los huidos de otras poblaciones, fueron atacados por un populacho enardecido e incontrolable y asesinados sin excepción. Más tarde se reprodujeron los mismos hechos en Baviera, donde los judíos fueron exterminados en Augsburg, Würzburg y Munich.

En Nürenberg, donde residía una población rica de judíos debido al comercio, y aún contando con el apoyo del Emperador Karel IV, fue construida una inmensa hoguera en una plaza, llamada más tarde *Judenbühle* (loma de los judíos), donde quemaron a todos los que no pudieron huir. En Ratisbona también quisieron quemarlos, pero fue una de las pocas poblaciones en las que el Consejo y la alta burguesía consiguieron defender a los judíos de las agresiones y pudieron salvarlos.

Cuando los flagelantes llegaron a Bruselas, exigieron la quema de judíos. En un primer momento, Jean II, duque de Brabante, se opuso a esta masacre; pero no sirvió de nada, pues los flagelantes se ganaron la simpatía de su hijo y fueron asesinados unos 500 judíos. En Hungría, el rey Lajos I el Grande los expulsó de su territorio, no como envenenadores, sino por ser infieles y haberse negado a convertirse al cristianismo. Entre 1348-1350 se produjeron 360 ataques contra establecimientos judíos, los cuales causaron la desaparición de sesenta grandes comunidades y ciento cincuenta de más pequeñas.

Sin embargo, los judíos contaron con algunos simpatizantes que quisieron protegerlos, aunque fueron muy pocos. Entre ellos cabría mencionar al Duque Albert II de Austria, que castigó severamente las ciudades que persiguieron a judíos, y en su fortaleza de Kyburg (cantón de Zürich) albergó a varios centenares de ellos para impedir que fueran quemados. El Príncipe Ruprecht von der Pfalz también acogió judíos bajo su protección, aunque a cambio de una gran suma de dinero.

El único lugar donde los judíos fueron bien aceptados y pudieron asentarse con seguridad fue en Polonia y Lituania, donde la peste no se manifestó con tanto furor¹⁰. El rey polaco Kazimierz III el Grande les permitió establecerse en su país, aunque parece ser que lo hizo atendiendo a los ruegos de su amante judía, llamada Esther.

surgida de la combinación de los dialectos germanos de su región con influencias eslavas y hebreas.

¹⁰ Es posible que la peste no tuviera tanta influencia porque la población vivía muy dispersa en núcleos rurales y las relaciones comerciales eran menos intensas que en el resto de Europa.